

HOMBRES Y FEMINISMO: RESISTENCIAS DE UNA ANTONIMIA IMPERTINENTE

Nieves Ibeas Vuelta
Universidad de Zaragoza

A pocos meses de comenzar el nuevo milenio, hay pocos temas que a una le perturben tanto el espíritu cuando se trata de enfocar un estudio como el que se me planteó con la invitación que tan amablemente me formularon mis colegas de la revista *Lectora*. Por hacer un poco de historia sobre esta invitación, no voy a decir que me escandalizara con la propuesta, pero he de reconocer que no estaba en mi mente la idea de acercarme al tema; no figuraba al menos entre mis proyectos más inmediatos. La invitación me pareció desconcertante, lo confieso, porque la cuestión no dejaba de resultarme un tanto 'impertinente' —un término que utilizaré asimismo en su exposición una de las colaboradoras en este volumen, Annalisa Mirizio-. Decidí meditar la cuestión por la confianza que me merecía el grupo de mujeres que respaldaba el notable reto que supone hoy en día garantizar un foro de encuentro como *Lectora*. Pospuse así mi primera decisión, ahuyentando aquella que me habría salido del alma adoptar: ¿cómo iba a encargarme de la edición de un número sobre el tema "Hombres y Feminismo" cuando las mujeres seguimos obligadas a configurar nuestros propios espacios para expresarnos? A las mujeres nos queda tanto camino por recorrer, que el hecho de proporcionar un espacio para ceder la palabra a los varones, o para hablar sobre los varones, se me antojaba una ironía más de la existencia. Haciéndolo, corríamos además el riesgo de que 'nos pensaran' (se pensaran) una vez más, como tantas otras, o, lo que me parecía más grave, de que pudiéramos favorecer la ocasión para abrir resquicios en el propio discurso de las mujeres, y acabar atrapadas en reconocimientos de algún tipo de deuda respecto del

pensamiento masculino que de nuevo vendrían a deslegitimar la palabra femenina, es decir, a privarle de su autoridad en el marco del pensamiento crítico académico.

De pronto, entre terribles visiones de lo que se me estaba cayendo encima, me asaltó una duda relacionada con mi sentido del humor, y se me ocurrió -mi buena amiga Carmina García Herrero es un cierto optimista que arrastra nubarrones- que tal vez lo estaba perdiendo demasiado pronto, así que volví a la invitación pero, en esta ocasión, desde una nueva perspectiva. Supongo que mis colegas eran perfectamente conscientes del sobresalto que acababan de provocarme con su invitación, de manera que cuando me llegaron a sugerir incluso la posibilidad de un cambio de título, me negué con rotundidad.

La propuesta inicial seguía sobre la mesa y yo la asumí como un reto. En el fondo comenzaba a sopesar que el tema 'Hombres y Feminismo' sugería un campo amplísimo de acercamientos a la cuestión, desde las posiciones más diversas. Por lo demás, continuaba convencida de la 'impertinencia' del tema y segura de que las reticencias iban a surgir en primer lugar dentro de la propia crítica feminista, como ya había sucedido en ocasiones anteriores; con todo, estas reticencias que con frecuencia atraviesan de manera implícita muchos de los textos feministas, iban a poder encontrar una buena excusa para su explicación, como se puede comprobar a partir de varias de las colaboraciones que conforman el presente volumen y a las que tendré ocasión de referirme un poco más adelante.

Antes desearía detenerme en una circunstancia que no por ser frecuente objeto de reflexión, deja de plantearse como un problema acuciante; se trata de la cuestión de la transmisión del conocimiento. Dentro de ámbitos institucionalizados del conocimiento -entre los que por supuesto ocupan un lugar significativo los centros de enseñanza superior y de investigación- aún resulta demasiado ostentosa la sobrevaloración efectiva de las prácticas culturales legitimadas por los distintos discursos androcéntricos; en el mejor de los casos, no resulta extraño encontrarnos con gestos correctores que están destinados a 'paliar' las inexactitudes del saber impartido. Omisiones en unos casos, errores de interpretación en otros... lo cierto es que estas inexactitudes suelen ser consecuencia directa de la puesta en práctica de criterios axiológicos que conllevan efectos perniciosos para las mujeres y que son ya suficientemente conocidos.

¿Podría argumentarse el factor atenuante de la inconsciencia o del mero desconocimiento? No hay más remedio que reconocer que, en medio de tantas palabras biensonantes que acallan y tranquilizan conciencias de este período finisecular, no resulta fácil esgrimir la existencia de 'mala fe' en esta lectura tan sesgada de la historia. Me temo que no sería 'correcto' poner de manifiesto y a la luz pública una sospecha semejante, pero lo cierto es que también resulta difícil pasar por alto la elevada dosis de paternalismo y/o de menosprecio que envuelve los estudios de investigación con relación a las mujeres y a sus relaciones en/con

el mundo que pervive en el fondo de la cuestión. Me refiero a estudios que en la inmensa mayoría de las ocasiones llevan a cabo las propias mujeres, y que por lo general merecen poco interés a ojos de sus colegas varones, que suelen tender a considerarlos anecdóticos, poco justificados, innecesarios, fuera de lugar... y, claro está, exageradamente 'feministas', un calificativo que resulta suficiente por sí mismo para desencadenar todos los anteriores.

Si nos centramos en el ámbito universitario -esta reserva del Saber en la que el cuestionamiento de algunas realidades parece poco posible por inapropiada-, a veces tan sólo queda el recurso a la introducción de materias optativas específica en los diferentes planes estudios, o, de manera concreta, en las enseñanzas de tercer ciclo, bastante menos susceptible de sistematización que los dos precedentes. Hace algún tiempo, ni siquiera hubiera sido posible imaginar esta novedad -que en realidad existe desde hace tiempo en muchos centros superiores situados más allá de nuestras fronteras-, de manera que aunque sólo fuera por esta razón, debe ser valorada como un esfuerzo importante por parte de las -casi siempre- mujeres que imparten las distintas asignaturas. No hay duda de que están favoreciendo la transmisión de conocimientos que de otro modo hubieran permanecido limitados a una difusión mucho más restringida. Ahora bien, al igual que sucede en otros niveles de enseñanza, la elaboración de un discurso sobre la participación de las mujeres en la construcción del mundo no tendría que verse limitada a una oferta opcional para el alumnado. Es más, un discurso similar debería necesariamente atravesar el resto de los discursos, y mientras ello no suceda, seguiremos intentando poner remedio a la cuestión con pequeños grandes parches. De manera que en el fondo del asunto -asunto que no es actualmente debatible dentro de la universidad, o no al menos desde la perspectiva de un proyecto docente e investigador global- existe la necesidad de sensibilizar al sector docente e investigador universitario. Sólo así se podría garantizar que los planteamientos relativos al no-sexismo y al respeto a la diversidad que aparecen reflejados en los objetivos de niveles de enseñanza previos, como los que recoge la L.O.G.S.E., puedan seguir siendo objeto de seguimiento dentro de los estudios universitarios. Hasta entonces, seguiremos viéndonos en la tesitura de 'completar' o 'matizar' los distintos saberes sobre las mujeres y, en consecuencia, sobre el mundo.

Mi colega Dolores Herrero Granado expone su convencimiento acerca de la difícil integración de las causas 'hombres' y 'feminismo', y aprovecha la ocasión para realizar un rápido y completo recorrido histórico dentro del panorama anglosajón sobre la cuestión de la presencia de los varones en los movimientos feministas, abordando cuestiones relacionadas con distintos intentos de apropiación de la causa feminista por parte de los varones, y poniendo de manifiesto los riesgos que se derivan de algunos de los colectivos existentes en la actualidad.

Annalisa Mirizio contribuye a matizar la idea del riesgo que subyace bajo la presencia masculina dentro de los proyectos feministas, y subraya la importancia que posee el *modo* que la caracteriza -la manera de estar de los

varones en el feminismo, como ella misma dirá- y su *porqué* en unos espacios que no les pertenecen y cuyo sentido difícilmente pueden comprender en todas sus dimensiones.

En una línea igualmente reticente se sitúan las tesis de Beatriz Suárez Briones, cuyo artículo aparece dedicado a todos aquellos varones 'que han abandonado la comodidad sin fisuras del centro para vivir en ese espacio arduo y tantas veces invivible de los márgenes'. Su perspectiva se centra de forma significativa en la importancia del concepto de identidad, al tiempo que plantea el debate sobre las relaciones hombres/feminismo en términos de diálogo establecido por parte de la crítica feminista y lesbiana con ciertos teóricos. Digamos que éste es también, en cierta medida, el tipo de acercamiento que realiza Françoise Collin al confrontar algunos aspectos de las tesis de Jacques Lacan y de Simone de Beauvoir. El *Segundo sexo* habría sido leído y releído por el filósofo francés, que encontraría en uno de sus capítulos un punto fundamental para su propio pensamiento a partir de la cuestión 'mujeres'. Consciente de que no es posible reducir el pensamiento de Lacan al de Beauvoir, Françoise Collin subraya sin embargo la influencia que tuvieron estas lecturas en un autor sobre cuyo antifeminismo han corrido ríos de tinta.

La insistencia en el carácter netamente ideológico de las construcciones del género y de la sexualidad, tendentes a asegurar a la masculinidad y la heterosexualidad el estatuto de categorías hegemónicas, constituye asimismo un punto de convergencia en el conjunto de textos que conforman este volumen monográfico, en el que Raffaele Pinto se sitúa de forma muy concreta dentro del marco de una reflexión formal sobre la distinción entre lo femenino y lo masculino. Partiendo del supuesto de la diferencia hermenéutica entre las palabras y el cuerpo, este investigador plantea la hipótesis de una equivalencia interpretativa de los géneros sexuados que nace y se inscribe en el actual debate sobre las formas de la subjetividad, con la que explica aspectos tales como la exclusión de las mujeres en la participación en la elaboración cultural. En este sentido, el artículo de Jean-David Vissière pasa revista a la ideología implícita de las caricaturas recogidas por John Grand-Carteret (1850-1927) en *La femme en culotte*, obra en la que el humor se pliega al conservadurismo y pone de manifiesto tanto el carácter tradicional de un género que tiende a atacar de manera sistemática todas las novedades, como el temor que despierta la emancipación femenina en la época (interpretada como una amenaza para la preeminencia masculina).

A decir verdad, la cuestión no es sencilla, entre otras razones porque los sexos no son simétricos, por mucho que su asimetría resulte incompatible con el pensamiento racionalista, como señala Milagros Rivera Garretas. Se trata de una idea que resulta fundamental para la comprensión de un debate que la historiadora sitúa en un punto final del patriarcado que reconoce haber desconcertado a muchos hombres, feministas y no feministas, toda vez que se resisten a afrontar la relación de autoridad (una relación de origen y andadura materna y femenina, que garantiza la concordancia entre las palabras y las cosas).

Ahora bien, cuando esta autora manifiesta en la última parte de su artículo que el triunfo del feminismo podría verse truncado de no cundir entre los hombres no patriarcales el reconocimiento de autoridad, de algún modo está poniendo de manifiesto la responsabilidad de los varones con relación a todos los logros obtenidos desde los distintos movimientos feministas. Pese a ser cierto que las mujeres están protagonizando muchas transformaciones relacionadas con la transmisión no androcéntrica del conocimiento, si los únicos espacios para una transmisión semejante son los que ellas conforman (seminarios, revistas, congresos, etc.), y si el público sensibilizado por estos cambios continúa siendo casi exclusivamente femenino, existe un riesgo que tal vez convendría evaluar con detenimiento. Me refiero al hecho de que las mujeres nos encontremos condenadas en el presente y en el futuro a no representar sino tentativas marginales y parciales, aun cuando sólo sea porque el colectivo masculino vaya a seguir evitando la pertinencia del objeto de los estudios feministas, cerrando los ojos y el oído a la realidad, negando su existencia con su desinterés y menosprecio manifiestos, con su paternalismo comprensivo y/o permisivo. De este modo, la desconsideración de los proyectos feministas no hace sino desembocar en la imposibilidad de las transformaciones deseadas y deseables, por lo que me parece preciso incidir en la que considero una grave irresponsabilidad de los grupos para los que parece innecesario un cambio y que se resisten a revisar posiciones intelectuales y vitales basadas en un sistema de categorización hegemónico.

Los hombres que aún no lo hayan comprendido deberían entender que las transformaciones que persiguen los movimientos feministas no conciernen únicamente a las mujeres, y que es preciso que se decidan a dar un paso adelante para lograr lo que, a la hora de abordar la crisis de legitimación del mundo social de masculinidad tradicional, Luis Bonino Méndez denomina 'la justicia democrática entre los sexos'. Su trabajo ofrece de hecho un abanico de las actitudes y movimientos más significativas los varones con relación al feminismo.

Resulta difícil llegar a entender los mecanismos por los cuales los individuos renuncian a participar en el proceso de deslegitimación de modelos de relación que están basados en el ejercicio del poder; por otra parte, los propios mecanismos de poder pueden resultar también difíciles de explicar pese a la evidencia que en ocasiones los caracteriza. Sin duda, la clave del problema reside en buen medida en ese 'temor a la pérdida' a la que alude Bonino, que figura como responsable de las respuestas menos favorables a los esfuerzos realizados por las mujeres por lograr un futuro exento de mediaciones basadas en criterios de dominación y subordinación de los sexos, y que tal vez podría resultar útil en la consideración del colectivo de mujeres que también se resiste a renunciar al discurso patriarcal y a los modelos que desde él se postulan.

Y termino. Doy paso a las aportaciones de quienes han querido ser mis cómplices en esta aventura. Para ellas y ellos, para las responsables de esta "impertinente" y apasionante invitación, mi agradecimiento más sentido.